

# Gobiernos de coalición, la nueva taza

MANLIO FABIO BELTRONES RIVERA\*

**C**omo una taza que se quiebra: si son pocos pedazos se pueden pegar bien, pero cuando hay cientos de fragmentos es difícil presentar la taza, es necesario que nazcan las nuevas formas de hacer las cosas. A eso en buena parte nos hemos dedicado un grupo de amigos interesados en la política, a idear, a crear lo que debe seguir, tema que abordaré más adelante.

El libro de Eduardo Robledo es un instrumento necesario para acercarse al propósito de la verdadera gobernanza, de los verdaderos gobiernos, más allá de lo administrativo, en lo creativo y en lo que puede ser la transformación de un país. En la pregunta ¿poder para qué? y la repregunta ¿por qué es tan difícil gobernar? encontramos buena parte de lo que pensamos que está sucediendo y cómo descubrir qué hacer. Éste no es un mero ejercicio académico, lo más importante es el método que encuentra Robledo para irnos llevando de la mano y que resolvamos nosotros mismos la pregunta.

¿Cuántas veces no se confunde, como dice el autor, lo que es el poder con la simple administración?

En varias ocasiones el doctor Jorge Islas nos invitó a platicar con el maestro Giovanni Sartori, hombre excepcional en el diseño de los sistemas políticos, un pensador universal, pero sobre todo un hombre que no se queda atorado en el simple que-hacer político sino que observa cómo los políticos pueden hacer que las políticas públicas y las instituciones trasciendan, cómo encontrar la mejor fórmula para que, después de haber accedido al poder democráticamente y tener reglas del juego mucho más parejas, las hagamos funcionales. Estoy seguro de que el maestro Sartori también tiene sus preocupaciones alrededor de la legitimidad del poder; después de haberlo alcanzado democráticamente y que por tanto sea legítimo, hacer que ese poder sea funcional, que dé respuesta a para qué se quiere.



Gerencia del Poder

Eduardo Robledo Rincón y Manlio Fabio Beltrones

No para hacer lo que estamos obligados a hacer, ésa no es ninguna gracia, bien lo dice Eduardo Robledo; sino sobre todo para pensar cómo llevamos a la sociedad a convivir armónicamente en el pensamiento diverso. Ése es el trabajo de los políticos.

Yo digo que andar en la política no te hace automáticamente un político; eso se descubre cotidianamente: quiénes son políticos y quiénes se creen políticos. Es muy importante que los diferenciamos, porque para el ejercicio de la política se necesitan una

\* Ha sido gobernador de Sonora, diputado federal y senador, y presidente del PRI. Este artículo es una versión editada por el autor a partir de su intervención en la presentación del libro *Poder ¿para qué?* de Eduardo Robledo Rincón, en Hermosillo, Sonora, 8 de octubre de 2016.

actitud y una aptitud, y al mismo tiempo, una idea de para qué se está en esa posición.

El libro de Robledo nos lleva de la mano a una discusión que compartimos: si ya llegamos al poder democráticamente, cómo convertirlo en funcional. Hoy el acceso democrático al poder nos plantea muchos retos, porque somos una sociedad tan diversa que difícilmente vamos a hacer coincidir a todos o a la mayoría, pero cuando se accede al poder con cierto porcentaje de votación mínimo, hay que preguntarse cómo hacer para que otros participen en el ejercicio del poder. No es delegar funciones, porque si se piensa alcanzar el poder es para ejercerlo, y ejercerlo para transformar.

Tenemos una fragmentación de la representación popular; lo vemos en los congresos, federal y locales. Aquí mismo, en Sonora —afortunadamente— el Congreso del Estado es muy plural. Pero la pluralidad no trae automáticamente la funcionalidad, aunque no es un impedimento para que suceda; para eso están la política y las instituciones.

Hoy ya no discutimos solamente cómo ganar las elecciones, sino también cómo ejercer el poder, temas ambos tratados en el libro de Robledo, en el que se pueden encontrar varias ideas al respecto, que hacen surgir nuevas ideas de cómo tenemos que resolver esa fragmentación del poder, con nuevas instituciones políticas en México.

Jorge Alcocer me invitó a que les platicara de este tema a mis paisanos sonorenses.

Sonora se distingue por haber dado presidentes que llegaron al poder sabiendo qué querían hacer con él; tan es así, que casi no lo querían dejar, de tal suerte que empezaron a formar las instituciones que le dieran gobernabilidad a México. Esas instituciones fueron tan buenas que nos duraron muchísimo tiempo y funcionaban con el basamento de que había un partido casi único, que podía garantizar el consenso para que las instituciones mismas fueran eficientes.

Pero hoy en la pluralidad, en la democracia que hemos alcanzado en cada una de las elecciones, en la fragmentación del poder, es necesario que surjan las nuevas instituciones que nos den la gobernabilidad que estamos perdiendo. Hay un grupo de mexicanos interesados en cómo remplazar eso que se rompió, aunque algunos no se han dado cuenta y otros han intentado, por más de treinta años, ir pegando los pedazos.

Recordaba Jorge Alcocer lo ocurrido en 1988, y eso porque no se quiso ir más atrás, pues podría ser 1968, pero institucionalmente, en elecciones, 1988 fue un parteaguas. Ahí algo se rompió, y de tal manera que por primera vez ocurrió que un candidato a la Presidencia de la República no accediera al poder con más de 50 por ciento de la votación. Eso fue lo

que sucedió, y varios amigos y otros que ya no lo son tanto nos dedicamos a componer lo que se había roto.

En 1988 lo que yo creo que ocurrió fue una elección sumamente competida, en la que el PRI pudo estar cerca del 50 por ciento, pero no más allá. Aunque con enorme habilidad y con una gran oratoria en ese momento Alcocer nos ponía contra la pared diciendo que el candidato del PRI había perdido, yo creo que esa no era la discusión.

Estoy seguro de que ni Cuauhtémoc Cárdenas, menos Clouthier y mucho menos Doña Rosario Ibarra de Piedra ganaron esa elección. De lo que no queda duda es que las elecciones eran hechas por el gobierno en turno, y éste no podía dar claridad y transparencia a lo que había sucedido.

Lo resolvimos negociando para construir nuevas instituciones. Así nacieron el IFE y el Trife; la credencial para votar con fotografía, la Comisión Nacional de los Derechos Humanos y otras nuevas instituciones. Luego vinieron más reformas constitucionales, al 130, el 123, el 27. Carlos Salinas pudo haber sido o no un buen candidato, compitió y tuvo una elección accidentada, pero en los cinco primeros años de su sexenio resultó un muy buen presidente que supo por qué y para qué el poder: era para transformar y crear las nuevas instituciones. En suma: tuvo mal principio, mal final, pero un buen intermedio.

Eso era 1988, pero ahí no se acabó el problema. En 1994 lo volvimos a tener. Empezó en Chiapas; luego vino el asesinato de nuestro paisano, nuestro querido Luis Donaldo Colosio, y enseguida unas elecciones marcadas por el miedo. El candidato ganador a la Presidencia de la República tomó posesión con el 52 por ciento de los votos, y no precisamente porque fuera muy carismático o simpático. Teníamos la necesidad de una recomposición ante la tragedia, porque algo se nos había roto.

Luego, qué decir del 97, cuando por primera vez el PRI perdió la mayoría en la Cámara de Diputados y se negaba a aceptarlo. Recuerdo aún cómo deambulaban los diputados priistas por la Ciudad de México intentando impedir que hubiera quórum en San Lázaro, hasta que la alianza opositora, autollamada "G4", instaló la nueva Legislatura.<sup>1</sup> Lo que demuestra que la pluralidad llegó, se va a mantener y se tiene que aceptar.

Después, en la elección de 2000 se volvió a quebrar el sistema político de gobierno, ¿por qué, si fue una elección en la que todos admitieron los resultados? La primera alternancia en la Presidencia de la República no nos permitió ver que quien tomaba posesión lo hacía con el 42 por ciento de la votación. Se hacía valer de nuevo que el que gana, gana todo, y

<sup>1</sup> G4: coalición opositora formada para la instalación de la LVII Legislatura de la Cámara por los diputados del PAN, PRD, PVEM y PT.

los que pierden, pierden todo y se dedican a fastidiar al que gana.

Ése es el nombre del sistema.

Muchos se preguntan por qué no nos ponemos de acuerdo. La verdad es que es muy difícil ponerse de acuerdo si no hay un sistema que obligue a acordar, si no hay una razón constitucional y legal que nos lleve de la mano. El acceso de Vicente Fox a la Presidencia, además de un desperdicio, fue como aplicarle cortisona a un cuerpo para enmascarar una enfermedad, que en el caso de nuestro sistema político era la pérdida de legitimidad.

En 2006 la taza terminó hecha pedazos, casi imposible de reconstruir. Fue dramática la manera como tuvimos que hacer que Felipe Calderón protestara cumplir y hacer cumplir la Constitución habiendo obtenido menos del 35 por ciento de la votación, frente a otro candidato que alegaba tener medio punto arriba de él —no abajo—, discusión que parecía irresoluble, hasta que el Tribunal Electoral dio el fallo final y entonces, como dicen los abogados, era cosa juzgada. Cada cual a su lugar y a cumplir con su tarea.

No fue fácil. Le he platicado a Eduardo Robledo la anécdota, porque aún tengo reclamos de lo que ocurrió aquel 1° de diciembre de 2006; era yo coordinador del grupo parlamentario del PRI en el Senado, formado por 33 senadores de 128; ni cuenta se daban los otros de que éramos solamente 33, ellos creían que teníamos mayoría.

Ese día, 1° de diciembre de 2006, los dirigentes del PRD me pidieron verlos a las 7 de la mañana en el Sanborns de la Fragua de la Ciudad de México; ellos habían postulado a Andrés Manuel López Obrador. Me pidieron que los legisladores del PRI no acudiéramos a la toma de posesión de Felipe Calderón; decían que con eso yo le haría un “servicio patriótico” a mi país.

No asistir, como lo quería el PRD, era abrir una potencial crisis. No era simplemente que no asistiéramos, si no iba la fracción parlamentaria del PRI en el Senado no habría quórum y, por tanto, el presidente electo no podría rendir protesta. Entonces el debate era constitucional: si era legítimo o no el presidente, puesto que no había protestado. Si ya había salvado el Trife, faltaba que no salvara el protestar la Constitución para gobernar. El 1° de diciembre obviamente asistimos, porque el Tribunal Electoral ya había fallado.

Reconstruir la taza rota en 2006 fue imposible; lo intentó de diferentes maneras el presidente Felipe Calderón pero no lo logró, y así nos acercamos a 2012. En ese año también se quebró lo poco que restaba de la taza, en buena parte porque volvió a ganar las elecciones un candidato muy popular en su momento pero que consiguió sólo el 37 por ciento de la votación, sumada la de los aliados al PRI, que por

sí mismo tenía 31 puntos y los aliados poco menos de siete.

Otra vez teníamos un gobierno sin mayoría. Resurgieron las viejas propuestas, que por cierto nos permitieron preciosos y nuevos diálogos, al platicar con alguien inteligente como el maestro Sartori, que decía que con la segunda vuelta electoral se logra la legitimidad. Pero el punto no está simplemente en obtener la legitimidad —lo vemos en el mundo—; el punto es cómo combinamos legitimidad con gobernabilidad, porque la primera no da en sí misma la segunda.

Tener gobernabilidad permite hacer frente a la pregunta del poder para qué.

Cómo alcanzar gobernabilidad, cómo hacer que el sistema político ideado en el siglo xx, que funcionó por tanto tiempo, al que hemos tenido que ir acomodando, pegando los pedacitos que quedan después de cada elección, se convierta en un nuevo sistema, en el que quien gana no gane todo y quien pierde no pierda todo, y que sea necesaria la concurrencia de la pluralidad para hacer posible el ejercicio de gobernar. No es un gobierno de todos, pero sí un gobierno de la mayoría.

Lo que propongo es pasar de los gobiernos divididos a los gobiernos compartidos, que no se hacen con coaliciones electorales sino con gobiernos de coalición.

¿Qué quiere decir eso? Que el que gana sin mayoría absoluta de votos tiene la obligación de formar gobierno mediante una coalición que le dé una mayoría en el Congreso, que le permita hacer que las cosas sucedan y no perder el tiempo, lo cual ayudará mucho al país.

En ésas estamos, intentando convencer a la mayoría de los actores políticos de que no pretendan ir a las elecciones presidenciales de 2018 para conseguir un resultado tan dramático y que pone en tanto riesgo al país, como el de 2006.

No confiamos en las encuestas, pero hoy los números que arrojan señalan que es posible que en 2018 el candidato ganador de la Presidencia de la República obtenga sólo el 29 por ciento o menos de los votos. Eso es lo que dicen los números, lo que nos pronostica un problema. Tenemos dos años para resolver.

El libro de Eduardo Robledo nos pone ante la pregunta de por qué es tan difícil gobernar. Mi respuesta es: porque el sistema político mexicano —ideado en buena parte por sonorenses— se agotó.

Es la hora de transformarlo con nuevas instituciones y sobre todo con buenos pensamientos e ideas, también de los sonorenses. Nuestro horizonte es pensar cómo hacer que el poder funcione con legitimidad pero sobre todo que haya gobernabilidad. Eso es lo que la mayoría de los mexicanos quiere ◉